

OTRAS RAZONES

PASIÓN DE CORROMPERSE



ramento personal que las exacerba o amortigua, o en la fase duradera del sentimiento que las sigue y manifiesta. Otra vez aquí se echa de menos un Stendhal o Balzac de la transición española.

Como el temperamento no puede cambiar en un período tan corto y tan poco intenso de sensaciones reales, el cambio en las pasiones corrientes ha debido ser orientado por un «sino» anestesiador de la sensibilidad para las emociones y propulsor de repentinos bandazos en la ideología de los corazones. Porque los cambios de chaqueta insensibilizan los cuerpos débiles, del mismo modo que las imprevistas oportunidades para la escalada del demérito mudan súbitamente las aventuras del corazón para guarecerlo, bajo otras pasiones de poder y avaricia, de los anteriores sentimientos de inseguridad y miedo. El «sino» hacia la indiferencia moral, que caracteriza el cambio sufrido en las pasiones tradicionales, está en la índole, moral y socialmente igualitaria, de la nueva pasión de corromperse.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

NUESTRA CIENCIA DISCRIMINADA



Dos ilustres químicos de reconocido prestigio internacional conversan. Uno de ellos es español y le está explicando al otro, de nacionalidad alemana, las investigaciones que en el campo de su común ciencia se están realizando en nuestro país. El germano le interrumpe y dice: «pero ¿para qué trabajan ustedes en Química en España con toda la que hacemos en Alemania? Al igual que hay diferencias entre las regiones en España las debe de haber dentro de la Unión Europea».

El episodio, mucho más que anecdota, se lo oí relatar al Prof. Elguero, protagonista del mismo por la parte española. Se trataba de una mesa redonda, organizada por la Fundación Jovellanos, y en que tuve la satisfacción de sentarme junto a tan valiosos cultivadores de la ciencia como el físico Gerardo Delgado, el biólogo García Bellido y el médico Rafael Nájera, para debatir sobre la ciencia y la tecnología en España y Europa. Y en el dilatado mar de ideas que allí se agitó me he referido a este episodio porque me parece tan espeluznante como significativo.

Si, estimado lector, espeluznante y significativo en dos grandes aspectos. Por una par-

te, en la medida en que pone al vivo el sangrante tema de la penuria científica de nuestro país. Especialmente en el terreno de las ciencias naturales, a pesar del heroico esfuerzo y la brillante capacidad que figuras como las representadas en aquella mesa, junto a otras muchas, han mostrado. Y, por otra, en cuanto aquí se revela el modo en que la cacareada construcción europea es vista desde el centro de Europa. Y no ya por sus grandes líderes políticos y económicos que dirigen el proceso, sino tal como es asimilada por el ciudadano común, ajeno a tan decisivos protagonismos, aunque pueda ser eminente, en un campo de la vida cultural.

La construcción de la comunidad europea no es el bello proceso en virtud del cual los países de esta parte del mundo se reparten fraternalmente la riqueza y el poder que la historia les ha permitido acumular. De la misma manera que la globalización no está orientada por una solidaria voluntad de desarrollo planetario, tal como hipócritamente se anuncia. Aquello que interesa es simplemente la ampliación del mercado, derribando barreras, y la sujeción del los Estados al dictamen de los poderosos, suprimiendo la pálida independencia de que hasta el momento gozaban. Y las ayudas no tienen otro objetivo que aumentar la capacidad adquisitiva del colectivo cuyas fronteras se han roto. Mas no, en modo alguno, superar la diferencia entre productores que se enriquecen con la venta de sus mercancías y tecnología, de un lado, y compradores que con sus adquisiciones enriquecen a los primeros, de otro. Bien lo saben los trabajadores de nuestros astilleros y siderurgias cerrados, nuestros campesinos a quienes se multa por producir exceso de leche, mientras el Tercer Mundo agoniza en el hambre, a quienes se hace arrancar vides y árboles frutales.

Regresemos del ámbito de la economía al del saber. Hace años, allá en el setenta y uno, en un coloquio internacional de la UNESCO sobre «Cultura y ciencia: la diversidad de las culturas y la unidad de la ciencia y la tecnología» se hablaba de una dualidad: la de los países emisores y los países receptores del conocimiento científico. Indudablemente un mundo equilibrado ha de superar tal contraposición. Porque no significa sino aquello que he designado en el título de uno de mis libros como «El rapto de la cultura». Una situación que no se resuelve con el hecho de que los resultados del saber científico lleguen —por otra parte canalizados y racionados— a los países receptores. La ciencia y su cultivo es mucho más. Hunde, en sus orígenes, sus raíces en una simbiosis de culturas, cristiana, árabe, judía, sin la cual no hubiera sido posible. Y, aunque se encuentre concentrada y organizada hoy en núcleos decisivos, es resultado del esfuerzo, del trabajo y las aportaciones de toda la humanidad. Una humanidad que debe participar en un ejercicio que pone en marcha las más altas potencias y hábitos humanos. Una humanidad que debe también custodiar las políticas orientadoras de la investigación para que nuestro caudal científico sirva a la vida y no a la destrucción.

Carlos PARÍS

OCHENTA POR CIENTO

Nada más y nada menos que el ochenta por ciento. ETA y sus corifeos han hecho su particular análisis y consideran que los medios de comunicación, algunos medios de comunicación para ser más concretos, son los culpables, al ochenta por ciento, de que su estrategia separatista y desestabilizadora no haya alcanzado los resultados apetecidos.

Juan Bravo ha estado estos días en aquella entrañable tierra española que conforma la Comunidad Autónoma vasca y ha tenido ocasión de hablar con agentes antiterroristas con una probada experiencia en la lucha contra ETA.

Los pistoleros y los que les apoyan pueden haber puesto el ojo, y quizá el punto de mira, en al-

gunos medios de comunicación y en algunos periodistas que se han limitado a cumplir con su obligación: contar la verdad.

JB recuerda una reciente portada de LA RAZÓN: «Todos amenazados» por ETA, todos, salvo sus cómplices, permanentes o circunstanciales, somos objetivos de la banda criminal. Y una eventual amenaza no puede convertir a los periodistas en el centro de la atención cuando otros sectores de la sociedad, en especial las Fuerzas de Seguridad y el Ejército, han enterrado a muchos de los suyos. Pero la banda debe saber que nunca ahogará la libertad de expresión y que, ojala, se puede ahogar en ella.

Juan BRAVO



Es inútil acudir, en busca de respuesta, a los sabios filósofos del XVII. Ellos miraron las pasiones como médicos biólogos del alma sensitiva o como ingenieros mecánicos de los sentimientos. Descartes escribió su «Tratado de las Pasiones» para tratar la propensión a la melancolía de su amiga, la Princesa Elisabeth. La moderna sociobiología tampoco ha respondido a las esperanzas de sus fundadores y apenas ha superado las intuiciones de Comte, quien derivó los sentimientos de la predisposición genética, del gesto fisiológico de la emoción que precede a las pasiones y de la conducta social que las moldea en el medio familiar. Como es de suponer no me propongo hacer frente a un problema que sólo la ciencia podrá resolver. Pero se puede contribuir a esclarecerlo, sin abrumar a los lectores con erudición inoportuna, si limitamos la reflexión a definir, en varios ensayos, la idea primordial de las emociones y pasiones que antes se sentían en la vida del alma —honor, orgullo, dignidad, soberbia, vanidad, amor propio, amor de sí, pereza, miedo, envidia, ambición, codicia, aburrimiento, frivolidad, juego, amor, placer, venganza, libertad, justicia, verdad y poder— para relacionarla con los sentimientos actuales.

Hay que estar ciego para no ver que esos mismos sentimientos se manifiestan ahora de forma diferente. Pero esa no es la materia que interesa. Lo que trato de saber es si también se sienten de otro modo, si han cambiado de naturaleza íntima, si los ha mudado el cambio de valores morales y sociales de la transición, si el cambio se ha producido en la fase de la emoción que desencadena las pasiones, en la del tempe-